



Azorin

Las influencias literarias

Recientemente hemos releído el "Ensayo" de Andrés Gide sobre las influencias literarias. El problema de las influencias es muy complejo. Las ideas que en este trabajo expone Gide nos parecen interesantísimas. El escritor se ve asaltado de mil maneras por las influencias. ¿Cómo precisar las buenas? ¿Cómo rechazar las nocivas? ¿Y cuáles son las benéficas? ¿Cuáles las dañosas? Generalmente se cree que los literatos están sólo influidos por los grandes autores. Se acepta la influencia de las obras capitales en literatura. No se habla para nada de las obras mediocres. No se concibe que una obra mediocre pueda influir benéficamente en un autor. El asunto merece ser estudiado con detenimiento. Ni el mismo autor influido puede decir con exactitud de qué modo y en qué medida y por qué autores ha sido influido. Vivimos en un ambiente espiritual -sea el que sea- que nos es imposible definir con precisión. Un poeta, un novelista, un comediógrafo hacen lecturas múltiples y diversas. Leen autores conspicuos y autores anodinos. ¿Cuáles de ellos serán los que hayan influido definitivamente y por modo laudable en la obra realizada? Se habla tan sólo de las influencias literarias en la gestación de la obra. Pero ¿y lo literario? ¿No influirá también? ¿Cómo separar lo ficticio de lo real? No podemos marcar, en cuanto a influencias, la línea que separa un mundo de otro. La realidad cotidiana, con sus pequeños detalles, con sus incidentes minúsculos, influye tan intensamente en la obra como pueda influir un preclaro autor. Andrés Gide se chancia sarcásticamente de los autores que, celosos de su personalidad, evitan ciertas influencias. Esos autores no quieren leer determinados libros para no ser por ellos influidos. Creen que su personalidad va a desviarse, a apocarse, a perder en propio [son y pergeño]. El autor que comentamos dice que, por el contrario, esas lecturas vendrían a fortificar y corroborar la personalidad del autor. [...] en todo el "Ensayo" de Gide éste sea el punto más sustancioso. Muchos autores hay, en efecto, que se niegan a entrar en comunicación con otros determinados autores. Si es un amante de

la claridad y de la precisión, no quiere leer a un escritor nebuloso y prolijo. Si es un partidario de los clásicos, apasionado de Racine, por ejemplo, no querrá leer a Chateaubriand o a Víctor Hugo. Andrés Gide casi nos convence. Pero reflexionamos un poco. Entra en este punto otra vez la consideración de las influencias materiales. ¿De qué modo lo que nos repugna puede aprovecharnos? ¿En qué forma un autor opuesto a nuestra sensibilidad puede enriquecernos? No vemos otro modo sino el de reafirmar, por reacción en contra, nuestra propia personalidad. Pero ¿y si nuestra personalidad, ya madura, ya sólida, no necesita de ese reactivo o estimulante? ¿De qué manera me va a favorecer a mí la lectura de un autor que se halla a mil leguas de mi intelecto? No me enriquecerá nada. Y en cambio puede perjudicarme. En lo posible estará que yo, seducido por ese autor, me desvíe de mi ruta instintiva y natural. Acaso, si mi personalidad es fuerte al cabo de algún tiempo volveré al camino abandonado. Pero entretanto ¿qué es lo que habré hecho? Descaminado, sin estar dentro de mí, seguro de mí habré escrito algo que merezca leerse? ¿No será lo escrito por mí algo híbrido, insípido y violento? Aceptemos, aunque no sea más que provisionalmente, la negativa a leer autores que no nos placen. Esos autores representan una realidad literaria nociva a nuestro ser. Y si aceptamos -todo el mundo lo acepta- la nocividad de ciertos ambientes físicos, psicológicos, lo que se llama vulgarmente "malas compañías", no sabemos cómo nos podremos aceptar también la nocividad de las "malas compañías" literarias. Ruego al lector que no vea en estas líneas una apología moral. No se trata ahora de la moral, sino simplemente de la estética.

El medio físico influyó, indudablemente, en Cervantes. Cervantes no habría escrito ciertas páginas, o las habría escrito de otro modo, de vivir en un medio más elevado que aquel en que vivió. Pobre, rodeado de gente humilde, inculta unas veces, zafia y grosera otras, el esfuerzo para libertarse espiritualmente de esa atmósfera moral había de ser grande. Rastros de ese ambiente habían de quedar en su obra. Ciertas páginas del "Quijote" -las referentes, por ejemplo, a los efectos del bálsamo de Fierabrás o las que se relacionan con el miedo de Sancho en la aventura de los batanes- no se hubieran escrito, "Entraba eso en el ambiente de la época -dirá tal vez el lector-. No era simplemente cosa del medio familiar en que Cervantes se movía". La objeción no quiere decir nada. De un reducido círculo, el familiar de Cervantes, trasladamos el problema a otro mayor, el de España en determinados siglos. El problema, por lo tanto, subsiste. Y si cabe la defensa contra determinada realidad, para que esa realidad cotidiana no influya en nosotros dañosamente, en pugna con la opinión de Gide, ¿no cabrá también la defensa contra ciertos autores que pueden menoscabar nuestra personalidad intelectual? Harán, pues bien los escritores que se nieguen a ciertas lecturas.

Lo primero es cuidar de nuestra propia realidad mental. No nos es grato el permanecer en un paraje de aire viciado. Ni el comer ciertas viandas que puedan dañarnos. No debemos tampoco entrar en ciertos libros. No es necesario. Para que el autor francés tuviera razón en su crítica, sería preciso, lo repetimos, establecer una división marcada, limpia, definida, entre el mundo moral y el mundo físico. Y eso es imposible y absurdo. Los dos mundos se entremezclan. De espíritu y de realidad está compuesta nuestra vida. Las leyes que se dan en un mundo se dan en otro. La personalidad de un escritor es cosa difícil de determinar. A veces la parte consciente de la personalidad hace una cosa y la parte subconsciente manda otra. No llegaremos a saber por quién estamos dominados. ¿Quién escribe la página que ahora mismo estoy yo escribiendo? Miguel de Montaigne, en el célebre capítulo XII del segundo libro de los "Ensayos", trae una observación curiosa y pertinente al caso. "La memoire -escribe el maestro- nous represente, non pas ce que nous choisissons, mais ce qui luy plait". Y añade Montaigne que "nada imprime

más vivamente en nuestros recuerdos una cosa que el deseo de olvidarla". Hemos contemplado un determinado espectáculo. Hemos leído un determinado libro. Tratamos de olvidar. No nos place. Y de pronto, ante las cuartillas, ese libro y ese espectáculo aparecen para influir en lo que estamos escribiendo. Todo el esfuerzo que hagamos para rechazar esa influencia será inútil. Ahí estarán ante nosotros, dominándonos espiritualmente, ese espectáculo o ese libro que nos repelen. El texto de Montaigne viene a ilustrar de modo interesante la doctrina de Gide.

¿Y la influencia de las cosas? ¿No tendrán tanta eficacia como el libro que leemos? No nos referimos ya al medio social. Las cosas nos rodean y son, unas nuestros amigos, otras nuestros enemigos. La simplicidad de líneas de un humilde cántaro de barro nos producirá viva simpatía. Desde los albores de la civilización, la forma de esa vasija ha sido inmutable. Se ha tratado de modificar la hechura de tal recipiente y ha sido imposible. La prístina forma de ahora es la forma perfecta y eterna. Ningún gran artista -un Miguel Ángel o un Rodin- podría hacer otro cántaro que tuviese distinta forma y fuese tan bello como éste que desde siglos y siglos viene utilizándose en las casas por generaciones y generaciones. La lección de esta pobre obra de barro, limpia y armoniosa, sencilla y genuina, entrará hondamente en nuestro espíritu. Ningún gran autor podría influir más en nuestro estilo. Y lo mismo podemos decir de estas trébedes de hierro. Y de esta sillita con asiento de esparto. Y de esta jofaina blanca con ramos azules. Son todas cosas familiares que hemos visto desde niños y que nos encantan por su sencillez y armonía. En nuestra obra podrán penetrar tan hondamente podrán penetrar tan hondamente como penetran Platón, Cervantes, Shakespeare, Balzac o Tolstoi.

ABC, 20 de diciembre de 1936

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo